

HOMILIA DEL VII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO.

REAL ORATORIO DEL CABALLERO DE GRACIA.

EN LA CONMEMORACIÓN DEL V CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

19 DE FEBRERO, 2017

Queridos hermanos: las palabras de Dios a Moisés en la primera lectura son claras y terminantes, y para todos los tiempos: "habla a toda la congregación de los hijos de Israel y les dirás: sed santos, porque Yo soy santo, el Señor Dios vuestro".

El Magisterio solemne de la Iglesia, en el Concilio Vaticano II, proclamó la llamada universal a la santidad. Los cristianos somos el nuevo pueblo de Dios y tenemos la responsabilidad de hacer nuestro ese mensaje y difundirlo a los cuatro vientos, hasta las periferias, como dice el Papa. Pero nadie da lo que no tiene, y hemos de empezar por nosotros mismos.

Para tratar de responder a lo que Dios nos pide debemos ser conscientes del amor con el que El nos ama. Como hemos rezado en el Salmo, no debemos olvidar sus beneficios; El nos ha redimido, es compasivo y misericordioso, no nos trata según nuestros pecados, y se compadece de nosotros como un padre se compadece de sus hijos. Siempre nos quedaremos cortos en nuestro deseo de corresponder y en nuestro agradecimiento.

La santidad a la que Dios nos llama tiene muchas implicaciones concretas, importantes en la vida nuestra de cada día; no es algo desencarnado, meramente espiritual. Por supuesto hemos de tratar a Dios en la oración personal y en los sacramentos, pero nos obliga también a amar a nuestro prójimo, sin lo que no sería posible amar a Dios. Por eso, nos dice también la liturgia de hoy, no podemos aborrecer a nadie, no podemos buscar la venganza, no podemos llevar encima una lista de agravios. "Amarás a tu amigo como a ti mismo", dice Dios a Moisés.

Y Nuestro Señor, en el Evangelio, va más lejos aún, porque su vida y su gracia ha derogado la antigua ley del "ojo por ojo" y "diente por diente". Ya no podemos conformarnos con tratar a los demás como los demás nos traten a nosotros, ya no podemos limitarnos a "amar al prójimo y aborrecer al enemigo". Ahora ya no debemos considerar enemigo a nadie, aunque algunos no nos consideren amigos a nosotros. Hemos de estar dispuestos incluso a hacer el bien a los que nos aborrecen -si llegara a darse ese caso, como se ha dado tantas veces en la vida de los cristianos-, para comportarnos como un buen hijo de Dios.

Si hemos de esmerarnos en querer a todos, con cuanto más razón a nuestra familia; y vosotros, queridos jóvenes, el amor vuestro entre sí, en el matrimonio, disculpando, perdonando, agradeciendo siempre, como aconseja el Papa. Un amor fuerte y fiel hasta la muerte.

Queridos hermanos, esta es la gran aportación, revolucionaria, que los cristianos tenemos que llevar a cabo, contraria a la "sabiduría del mundo" de la que habla San Pablo en la segunda lectura. La verdadera sabiduría está en tener, con la gracia de Dios, esa capacidad de amar con obras, para ser hombres y mujeres que sembremos paz y alegría, como decía San Josemaría el fundador del Opus De que no hablemos mal de nadie, que amemos la verdad y la sinceridad, que sirvamos a los demás con nuestro trabajo, que seamos capaces de convivir con todos -en la familia y en los más diversos ambientes de la vida pública- aunque no compartamos a veces algunas ideas: no podremos estar de acuerdo con lo que contradiga la ley de Dios y la ley natural, pero sin descalificar a las personas, sin etiquetarlas, sin marginarlas.

Esta es parte de la sabiduría que hemos de difundir en la sociedad, ayudando a muchos a reconocer la dimensión religiosa y trascendente de la vida humana, que se plasme en el comportamiento diario, en las costumbres y en las leyes. Si estas se cierran conscientemente a la ley de Dios, no pueden ser leyes o costumbres sabias, sino erróneas, perjudiciales, injustas. "Todas las cosas son vuestras -dice San Pablo, indicando así la libertad y la responsabilidad en la orientación que queramos dar a este mundo nuestro-, pero nosotros somos de Cristo, y Cristo de Dios. Y Él nos pedirá cuenta de qué hemos hecho con nuestra

vida, con nuestra libertad, en qué las hemos empleado: ¿en hacer el bien y buscar la verdad siguiendo rectamente una conciencia bien formada -y eso es la santidad-, o en meros intereses humanos, por comodidad, cobardía o simple conveniencia personal?

El Caballero de Gracia, del que estamos celebrando el V Centenario de su nacimiento, se tomó en serio su condición de cristiano, como puede verse con detalle en las diversas biografías existentes; la última acaba de publicarse estos días pasados sobre su vida y la leyenda. Sirvió a la Santa Sede como profesional competente del Derecho y la Diplomacia durante más de 30 años en diversos países de Europa y particularmente en la nunciatura de España; lo hizo renunciando a honores y cargos, aunque fue íntimo colaborador del futuro Papa Urbano VII durante todo ese tiempo y su trabajo fue también muy reconocido por Felipe II. Defendió con valentía la religión católica en ambientes luteranos y calvinistas, respetando a la vez las personas de creencias distintas. Y se preocupó de los más necesitados, empleando parte de su patrimonio en fundaciones benéficas y caritativas. Sus contemporáneos, tanto la nobleza y las congregaciones religiosas como el pueblo llano, lloraron su muerte y reconocieron su fama de santidad. La leyenda que se inventa dos siglos después de su muerte carece de todo fundamento histórico; ignora la realidad, acreditada en biografías bien documentadas.

Que la Madre de Dios y San José, de los que también era muy devoto el Caballero, nos ayuden a cada uno a responder con toda generosidad a lo que Dios espera de nosotros.

Juan Moya